

TIMA NOCHE DE JOSE ANTONIO

dios a nuestro alcance conseguir el indulto. Nos decían que querían salir manifestaciones pidiendo su perdón.

* * *

El director de nuestra cárcel nos dijo que José Antonio había pedido tres cosas en caso que se llevara a cabo la sentencia: un confesor, que le permitieran despedirse de su familia y un notario. Las tres cosas le fueron concedidas. Le pedí nos al director que sólo en último extremo fuera a sacarnos de nuestra cárcel, lo que con razón considerábamos dolorosísimo. Serían las nueve de la noche del 19 de noviembre, hora avanzadísima en una prisión, cuando sentimos unos ligeros golpes en la puerta de nuestra celda:

—Prepárense ustedes—se nos dijo—para ir a la Provincial.

Comprendimos que la sentencia había sido confirmada.

—Entonces, ¿es que ya no hay esperanzas?—le dijimos.

—Todavía no se sabe... Pero es preferible que se vayan ustedes, ya que la autorización es para hoy.

No nos convenció; pero tratamos de engañarnos unas a otras. Yo, acaso la más cobarde, no pude contener mis lágrimas.

—No llores—me decían—; le harás pasar mucho peor rato a José Antonio.

Y haciéndome la fuerte salimos para la Provincial.

Siempre es una cárcel un sitio impresionante para cualquier persona

que no esté acostumbrada a frecuentarla; pero lo que fué para nosotros aquella noche no es fácil de explicar.

Entramos por las puertas medio cerradas y atravesamos las galerías y el patio central. Unas luces tristes alumbraban los sitios por

En la conmemoración de la muerte de José Antonio queremos traer de nuevo a nuestras páginas el relato emocionante que de aquellos postreros momentos hizo su hermana Carmen. ● Es un relato dramático y sencillo, que tiene un eco profundo de heroísmo y virtud: tal fué la presencia grandiosa de José Antonio en aquellos instantes tan trascendentales. ● La presencia de espíritu del Fundador de la Falange cuidó con enorme serenidad de todo, descendiendo a los pormenores más delicados. ● La muerte misma no sirvió a enturbiar a este espléndido corazón que supo guiar una inteligencia muy humana y muy generosa.



donde pasábamos, reflejando sombras extrañas sobre las paredes; íbamos acompañadas por dos hombres.

—Esperen aquí—nos dijeron, y nos metieron en una habitación.

Al cabo de poco tiempo vinieron a buscarnos y nos internaron aún más en la Prisión. Llegamos a una celda en la que había una cama, y no habían transcurrido dos minutos cuando vimos aparecer al fondo de la galería a José Antonio, que venía en dirección a nosotras con un miliciano rojo a cada lado y varios más detrás.

Es imposible decir con palabras la impresión de esos momentos. No existe ninguna que lo pueda expresar. El hermano a quien adorábamos venía hacia nosotras por última vez, imposibilitado, a pesar de cuanto valía y de su talento, para salvar su propia vida.

Al vernos, sonriente y sin perder ni un momento la serenidad, nos abrazó a las tres. Yo entonces no pude dominarme más, y loca entre el esfuerzo que venía haciendo y la emoción enorme, rompí a llorar. El me besó con toda su alma, mientras me decía:

—No llores, Carmen; todavía hay esperanzas...

—No es posible..., José—le dije yo—; no es posible que puedan hacer eso contigo.

—Es natural: han sido tantos los de la Falange que han caído ya, que yo, que soy el jefe de ellos, es natural que caiga también. Pero aun hay es-

peranzas; tengo tres probabilidades contra siete..., pero puede ser...

Y vuelto al director que nos acompañaba, le preguntó:

—¿Es que me las trae usted porque me han negado el indulto? Esto me hace pensar que es así.

—No—le dijo categóricamente el director—, aún no ha llegado la confirmación de la sentencia.

Cambió en seguida de conversación, y entonces nos preguntó por Fernando. Nosotras no sabíamos que Fernando había sido el primero en dar su vida, y como nos habían dicho que estaba en Sevilla, se lo dijimos a él así.

—Se ha salvado—repitió—; entonces soy yo solo.

Esto lo decía con la inmensa alegría de pensar que sólo era él quien debía morir.

Luego, volviéndose a tía María, le dijo:

—No te preocupes, tía Ma; he confesado y estoy muy tranquilo. Ha bajado un sacerdote que está también preso y he confesado con él; además, desde que nos metieron en este proceso feroz me estaba preparando por si llegaba este momento, y todos los días he hecho oración y rezado el rosario. Además me han dado muy bien de comer: no hay nada como estar condenado a muerte para que le cuiden bien a uno. En vez del rancho que nos dan todos los días me han dado sopas de ajo con huevo y una carne estupenda...

Estaba más delgado. Los rojos que presenciaban la entrevista no perdían una sola de sus palabras y tenían reflejada en sus caras la admiración hacia aquel hombre que, a las mismas puertas de la muerte, tenía un espíritu tan fuerte y no perdía un solo momento su valor.

Yo que conservaba un crucifijo, se lo di y le dije:

—Sólo con mirarlo tiene indulgencia plenaria para la hora de la muerte...; te lo traigo por si acaso...

Lo cogió inmediatamente con verdadero gusto y lo enseñó a los que estaban allí:

—Es sólo un crucifijo lo que me ha dado—les dijo, por si pudieran creer que le di otra cosa.

—Me alegro mucho, porque no tenía—me dijo, dirigiéndose a mí, y se lo guardó.

Habrían pasado veinte minutos y entonces el director, que estaba presente, nos indicó que debíamos salir.

—¿Volverán otra vez si la sentencia no se cumple inmediatamente, verdad, director?—le dijo José Antonio.

El director prometió que sí, aunque estaba seguro de que no volveríamos. Nos volvió a abrazar, y mientras él tomaba el camino de su celda a nosotras nos arrancaban de aquel lugar, y desde lejos, con la cara vuelta, nos despedíamos hasta muy pronto.

Al día siguiente, 20 de noviembre, a las siete menos veinte de la mañana, nosotras mismas oímos la descarga que ponía fin a su vida. El fusilamiento fué en el patio de la Provincial.

Las últimas palabras, cuando momentos antes le fueron a buscar y al despedirse del director, fueron éstas:

—Director: si algo malo he hecho o le he molestado, perdóneme.

CARMEN PRIMO DE RIVERA.